

# Léeme un cuento abuelita

## Cinco guisantes en una vaina

Hubo una vez cinco guisantitos verdes dentro de una vaina verde; ellos, claro, creían que el mundo entero era verde. Poco a poco, fueron creciendo y se iban volviendo amarillos. Y entonces pensaban que todo era amarillo.

Un día, de pronto, notaron que alguien los arrancaba de la planta en la que habían nacido. Era la mano de un muchacho que se los metió en el bolsillo junto con otras vainas.

El chico quería los guisantes para lanzarlos con un tirachinas que se había hecho: le gustaba practicar su buena puntería pero no tenía intención de disparar contra ningún pajarillo, por supuesto.



- Qué emocionante- dijeron los guisantitos. Vamos a viajar y a conocer mundo.
- Apuesto a que soy el que llega más lejos. Creo que soy el más aventurero- dijo el guisante del medio.
- Bueno, bueno, ya veremos- dijo el segundo, un poco nervioso por la curiosidad que tenía.

Y entonces les llegó su turno. El niño cogió la vaina, la abrió, sacó al primero de los guisantitos y... zasss... voló y voló hasta... aterrizar en la jaula del hámster que su amigo Ivo tenía en la terraza de su casa. El ratoncillo no tenía un pelo de tonto y, a la velocidad de un rayo, se merendó medio guisante y guardó el otro medio en su casita para tiempos peores.

Y así acabó el primer guisante: pero estaba contento porque había sido útil.

Cuando el segundo guisante se estaba despidiendo de sus hermanos de vaina, el muchacho lo disparó al cielo: el padre palomo lo vio, lo paró con el pico y se lo llevó a mamá paloma. Ella lo necesitaba porque tenía que estar quietecita dando calor a sus hijillos que crecían dentro de los huevos.

El niño salió de la ciudad y cogió el tercero: este, después de rodar un buen rato por el aire acabó en un río pequeñito que luego iba a dar a otro río más grande que llegaba hasta el lejano mar.

- Estaba seguro. Ya lo sabía. Voy a conocer muchos países- dijo el guisantillo cuando bajaba flotando sobre el agua.

Pero en seguida empezó a sentir en su pancita la boca de algunos pececillos que querían probarlo.

Después el chico cogió el cuarto y lo lanzó con fuerza. Y lo perdió de vista cuando caía sobre una encina, junto al camino:

- Hombre, justo lo que buscaba, una buena pelota para mis hijos- dijo muy serio un duendecillo de chaqueta de oro y gorro azul, amigo de Rubén desde que le había regalado sus fresas. Y se metió silbando entre las raíces del árbol con el guisante sobre una bandejita de cristal.

Entonces le llegó el turno al último guisante: este hizo un arco grande y... pe-pe-pé... fue a parar al libro de cuentos antiguos que en ese momento le estaba leyendo el abuelo de Telma junto al limonero de su jardincito; el mejor sitio del mundo para la niña.

- Mira, Telma, ha caído un guisantito.
- ¿De dónde, abuelo?
- No lo sabemos. Pero, mira, ven, vamos a plantarlo. Te enseñaré a cuidarlo.



De este modo, el quinto guisante acabó dentro de la buena tierra del patio del abuelo de Telma: la niña, todas las tardes, regó la semillita. Así, pasado un tiempo, brotó una hermosa guisantera que era más alta cada día, con montones de vainas llenas de guisantes, que igual que su padre cuando era joven, estaban convencidos de que el mundo entero era verde.

Natalia